

Pero la muerte no es un sol.
A veces alguien deja sus señas cuando acaba
y exhibe la insolencia del silencio.
Y uno lleva la mano hacia la frente,
rebusca en sus arrugas un milagro veraz,
el peso de los jueves en la huella infantil
de la pedrada, el zumo
de las ovas del río y las cerezas
del huerto inmarchitable;
Y aquella mula que tiraba del carro, Dios
y párate, maldita, antes del puente,
todo Pisuegra y río,
antes del parto pertinaz del agua.

¿Por qué me vuelven mozos del campo con sus mulas
y la canción de labio vespertino
si ya ni mulas
ni las torres de aquellos mozos llenan
el hueco de las tardes?
¿Por cuánto tiempo pasará la luz
de aquel mirar por estos ojos?

Sucede, tristemente, que a este pueblo tan alto
vengo tan sólo en tardes de renunciadas. Y toda
su tierra es una zanja mínima
para acoger a muertos que tiran como locos
de mi vida y reclaman
la sombra compañera que le dieron.

Y ya con la cordura
que da la soledad, creo que hemos
ido muriendo juntos
allí donde las tardes apenas eran más
que el grito de una zanja abierta
en la raíz del campo,
y el sol -de malva y despedida-
presagiaba indolente
la lluvia que hoy nos moja.

Marcelino GARCIA VELASCO

